

do, necesariamente ha de ser mayor ahora que reina en los Cielos. Consagrémonos sin reserva, H. M., á servir, honrar y amar de todas veras, y con todas nuestras facultades, á María Santísima, coronada hoy como Reina por su Hijo. La celestial Soberana no se parece á los de la tierra, como observa Ricardo de San Lorenzo, los cuales no saben favorecer á unos súbditos sin gravamen de los otros, sinó que prodiga á los que la sirven gracias y favores de toda especie, sacándolos de los tesoros divinos que en su mano tiene. Acudamos, pues, á María, dirigiéndola con el Abad Guerrico esta plegaria: «¡Oh Madre de misericordia! Pues que ocupáis cerca de Dios el trono de Reina del universo, envidiad sobre nosotros alguno de los regios dones de que podéis disponer. Ya que estáis sentada á la mesa del Señor, acordaos cuando os hayáis saciado de la gloria de vuestro Divino Hijo Jesús, de nosotros, pobres mendigos, que lo esperamos todo de vuestra misericordia, y dejad caer alguna particilla de vuestros regalos, que nos sostenga en esta vida y nos prepare para recibir la eterna. Amén.»

LATOUR.

## DISCURSO

PARA EL DÍA 16 DE MAYO.

### EL SANTÍSIMO ROSARIO.

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—Institución del Santísimo Rosario.

SUBDIVISIONES.—1. Institución.—2. Efectos.

**PUNTO SEGUNDO.**—Excelencia del Rosario.

SUBDIVISIONES.—1. Oraciones de que se compone.—2. Frutos y gracias que alcanza.

*Ave, gratia plena.*  
Dios te salve, llena de gracia.  
(Luc. 1, 28.)

**A**L establecer su Iglesia Nuestro Señor Jesucristo, no la constituyó únicamente en guardadora de sus mandamientos, quiso ante todo, que el foco de amor que puso en ella se dilatara y engrandeciera sin cesar; que, como El, supiese darse toda para todos, y que en una palabra, fuera Madre. ¡Ah! Ciertamente, H. M., la Iglesia ha respondido dignamente al pensamiento de su divino Fundador. Jamás hubo madre alguna más llena de solicitud y de amor hacia sus hijos. Su ternura brilla principalmente en la multiplicidad y en la variedad de las prácticas que nos propone. Ingeniosa, como lo son todas las madres, sabe proporcionar las prácticas á las necesidades, á los gustos, á la índole de cada uno. Sus devociones no son obligaciones con que nos quiera sobrecargar, sinó medios que nos proporciona para hacernos más fácil el cumplimiento de los preceptos divinos; son auxilios que ofrece á nuestra miseria, para hacernos más dulce todavía el yugo, ya por sí mismo tan dulce, del Salvador Jesús.

Las prácticas de piedad, H. M., son auxilios y medios. Y sin hablar aquí de otras especies de devoción, ¡cuántas riquezas no ofrece el culto de María! ¡Qué preciosos modelos para todas las edades, para todas las condiciones! ¡Qué Corazón más tierno y más compasivo, qué Abogada más poderosa cerca de Dios su Unigénito! Sí, hacia María es donde la Iglesia trata de dirigir el corazón de sus hijos. A todas las vírgenes, como á todas las almas castas, habla deliciosamente

de esa Reina de las vírgenes, cuya hermosura jamás quedó alterada por la más pequeña mancha: *Regina Virginum*. Al alma oprimida en la tormenta, destrozada por la aflicción, la recuerda el Calvario, la Cruz cerca de la cual estaba la Madre de Jesucristo: *Consolatrix afflictorum*. Al pecador doblegado bajo el peso de sus faltas, enseña el Corazón de María siempre abierto para recibirle, para reconciliarle con el Cielo: *Refugium peccatorum*. A todos los cristianos les presenta á María como su auxilio, como su apoyo, como el conducto más rico de las gracias del Cielo: *Auxilium christianorum*. Innumerables son, H. M., las devociones que se han instituido en honor de la Reina de Cielo y tierra. Pero hay una que excede á todas las demás, porque las comprende á todas: la devoción del Rosario de la Santísima Virgen, del que me propongo ocuparme en este discurso.

Humanamente hablando, podría temer que la sola palabra de Rosario irritase á personas de cierta índole, y que para el mayor número este tema tenga poco atractivo y aliciente. Y, sin embargo, H. M., cuando un hijo se presenta á sus hermanos y á sus hermanas para hablarles de una madre querida, sea cual fuere su lenguaje, siempre es bien recibido. ¡Ojalá pudiera serlo yo también en medio de vosotros, ojalá sobre todo pudiera hacer comprender y saborear á todos la tan hermosa devoción del Rosario!

Invoquemos ante todo las luces del Espíritu Santo y saludemos á María.

AVE MARÍA.

## PUNTO PRIMERO.

### INSTITUCIÓN DEL ROSARIO.

El siglo XIII comenzaba su carrera. En los confines de Francia, en el país de Langüedoc, una antigua herejía acababa de levantar de nuevo la cabeza y desolaba la Iglesia de Dios. Ya para comprimir el error, y contener sus devastaciones, los Soberanos Pontífices enviaran desde Roma sus legados, y los reyes de la tierra habían puesto en armas á sus más valientes capitanes; pero todos los esfuerzos reunidos habían quedado hasta entonces sin éxito. Dios reservaba esta grande obra á uno de esos hombres que suscita de tarde en tarde en las edades, para manifestar en la tierra los tesoros de su omnipotencia y de su amor. La historia, H. M., os ha dicho el nombre de ese elegido del Señor, os ha referido los esfuerzos de su celo y sus duros y gloriosos trabajos. Domingo de Guzmán había recorrido ya muchas veces y en todas direcciones aquella tierra desolada por el error, destrozada por la guerra, anunciando á todos la verdadera palabra de vida, y por todas partes también confirmándola con verdaderos prodigios; y, sin embargo, la obra de Dios marchaba á paso lento. Los albigenses ce-

rraban los ojos á los prodigios del apóstol, tenían también cerrado el oído á sus palabras de vida, ó, más bien, como dice el Salmista, tenían ojos y no veían, tenían oídos y no oían.

Un día, después de uno de esos combates, cuyo nombre ha pasado con gloria á la historia, Domingo de Guzmán derramaba á los pies de Dios su corazón y sus lágrimas, suplicándole con amor que aplicase á aquellas pobres almas extraviadas una gota de la sangre preciosa derramada por Jesús en la Cruz para salvación de todos. Y esta vez, H. M., sus lágrimas no corrieron en vano; sus ruegos habían subido hasta el corazón de Dios; y María fué quien se le envió como el ángel de buena nueva: «Sabe, oh hijo mío, que el medio de que se sirvió la adorable Trinidad para la salvación del mundo, fué la Salutación angélica, que es el fundamento del Nuevo Testamento. Si, pues, quieres vencer los corazones endurecidos, reza mi Rosario.» Habéis oído, Domingo; el Cielo os ha elegido para ser el campeón de su causa, el conquistador pacífico de esas almas; ella misma, la poderosa Virgen, os ha armado su caballero; ella misma os ha dado la espada misteriosa que debe aniquilar á su enemigo; marchad, noble y santo caballero, id en nombre de vuestra Dama á la conquista de esas almas cuya salvación es tan querida: con el Rosario seréis más poderoso que Montfort y sus valientes y todo el ejército de los cruzados; con vuestro Rosario aniquilaréis al demonio, abriréis los ojos y moveréis los corazones.

¿Y cómo, en efecto, deciros el éxito de sus predicaciones? Hay que leer las ingenuas, las sencillas leyendas de la época, para creer en todos los prodigios maravillosos, en todos los milagros obrados por Santo Domingo en nombre del Santo Rosario. Ya no era en una tierra árida donde arrojaba la divina semilla: el error estaba vencido, las tinieblas se habían disipado; y aquellas almas, ayer mismo tan endurecidas en el mal, se apiñaban tras de él, invocaban con él á Nuestra Señora del Rosario, y reconciliadas con Dios, entraban dichosas en el seno de la Iglesia. La Iglesia eleva su número á más de cien mil familias.

Pero no era bastante para María el haber devuelto á la Iglesia de su Hijo esta pequeña parte de su rebaño. ¿No son todos los hombres hijos de María? ¿Desde lo alto de la Cruz no nos ha legado Jesucristo á todos su amor, y nos llama ella á todos con su corazón de Madre? ¿Y no hay por todas partes errores que combatir, tinieblas que disipar, gracias y bendiciones que derramar? Así que María no quiso que este pequeño rincón de tierra fuese el único privilegiado que disfrutara de la dulce práctica del Rosario; sinó que quiso que el mundo entero participase de este favor, y entonces comunicó á Santo Domingo el pensamiento de perpetuar su obra, y de dejar tras de él otros iguales que propagasen por toda la tierra, hasta las regiones más lejanas, la clemencia de Jesús y de María.

Ya sabéis, H. M., la historia de la gran familia de los Predicadores. No hay camino en esta tierra que no haya sido pisado por algunos de

sus individuos; no hay país en que no hayan dejado vestigios de su tránsito; no hay aduar salvaje, por recóndito en medio de sus bosques, por lejano hacia los polos, que no haya visto aparecer en un buen día á uno de esos hermanos peregrinantes, que llevan en una mano la Cruz de Jesús y en otra el Rosario de María. ¿Y qué podían decir esos nuevos apóstoles á aquellos aduares bárbaros? Les hablaban de una madre, de una Madre tierna, compasiva, y sobre todo poderosa sobre el corazón del gran Dios; y aquellos aduares salvajes les escuchaban con amor, como se escucha siempre á cualquiera que habla de una madre, y por medio del conocimiento y del amor de María conducían las almas al amor de Dios; en una palabra, por medio del Rosario es cómo les predicaban el Evangelio.

Desde entonces, H. M., el Rosario se había convertido en un adorno pendiente de la Cruz; desde entonces en ninguna parte se erigió un altar al verdadero Dios, sin que apareciese también desde luego á su lado un altar erigido á María. ¡Ah! ¡quién contará las oraciones que han resonado bajo las bóvedas de esos santuarios! ¡Cuántos corazones que sufrían se han ensanchado allí! Todas las edades, todas las clases, todos los sexos concurrían en oprimidas oleadas. Las jóvenes, ¡oh María! venían á pedir esas virtudes que son el ornamento de su edad, y de las que Vos sois el más puro modelo; las madres venían á rogaros por sus hijos, y depositaban en vuestro corazón de Madre toda la alegría, toda la solicitud, toda la esperanza y temor que el suyo encerraba para el porvenir. El pobre, al suplicaros, ¡oh María! no murmuraba, porque pensaba en aquel Dios que también quiso ser pobre en la tierra durante treinta y tres años; porque pensaba en Vos, augusta hija de reyes, que quisisteis ser la esposa de un pobre carpintero, de un oscuro artesano, Madre de Aquel que no tenía donde reclinar su cabeza. Los grandes del mundo, los reyes, venían á descansar á vuestros piés, ¡oh María! del afán de los negocios, del peso de las grandezas. El pecador mismo concurría en busca de un apoyo contra los remordimientos de su propia conciencia. Todos, cuando habían contemplado vuestra sonrisa de Virgen, vuestra mirada de Madre, cuando habían desgranado su Rosario, se iban con el corazón menos pesado, con el espíritu más tranquilo, la frente menos cuidada, más vigorosos contra sí mismos y más resignados á sufrir todas las penalidades de la vida. ¡Oh bendito Santuario! ¡Sed siempre el objeto de nuestro amor, de nuestro respeto y de nuestra piedad!

El Cielo, H. M., tenía reservado á la devoción del Santo Rosario pruebas visibles de su protección. En el siglo XVI, el islamismo, esa religión del sable y de la voluptuosidad, lanzaba sobre la Europa sus innumerables falanges, y amenazaba nuestro antiguo mundo con una completa ruina. Entonces sentábase en el trono de San Pedro uno de los hijos de Santo Domingo, el ilustre San Pío V. A su voz, los defensores de la fe y de la libertad cristiana corren todos á las armas y se adelantan para rechazar ese huracán del Asia. Eran ciertamente

bien débiles, uno apenas contra ciento. ¡Sí! Pero llevaban á su cabeza á la Madre del Dios de los ejércitos; su Rosario era su bandera, su estandarte y su escudo; y algunos días después, la Europa registraba en el libro de sus glorias una gloria más brillante que todas las demás; la famosa victoria de Lepanto, alcanzada sobre los turcos. Un siglo después, volvió el enemigo á reaparecer de nuevo, y vino á poner sus tiendas bajo los mismos muros de Viena; pero la Iglesia que no había olvidado su primera victoria, tampoco había olvidado el patrocinio á cuyo amparo la debía. Invoca de nuevo á María, y esta vez el Turco se ve rechazado para siempre por la espada de la católica Polonia á aquellas regiones que Dios entregó por un tiempo á la más abyecta y á la más vil esclavitud.

Entonces fué cuando la Iglesia instituyó la festividad del Santo Rosario que hoy celebramos, y que celebra con nosotros todo el mundo católico. En esta ocasión fueron también instituidas todas esas cofradías del Rosario, que se hallan diseminadas por toda la superficie del mundo; y los cristianos respondieron dignamente á las invitaciones, al llamamiento de nuestra madre la Iglesia. Desde entonces, el Rosario se halla en manos de todo el mundo; desde entonces, el Rosario es la alegría de todas las edades, de todas las condiciones, de todos los sexos, de los hombres como de las mujeres, de los sabios como de los ignorantes, de los grandes como de los pequeños.

Después de ésto, dejemos sonreír de lástima al impío cuando ve un rosario. ¡Qué nos importa su desprecio, á nosotros que somos hermanos de los Santos! ¡Qué nos importa su desprecio, cuando tenemos el ejemplo de todos nuestros hermanos los Santos del Cielo! ¡Qué nos importa el desprecio de esos pretendidos espíritus fuertes, á nosotros los hijos de la Iglesia, cuando contamos con la invitación, con el llamamiento de nuestra madre la Iglesia! Y por otra parte, ¿de qué no se han reído esos pretendidos espíritus fuertes? De Dios se han reído grandemente.

Os he manifestado, H. M., la institución del Santo Rosario; llego ahora á ocuparme de su excelencia.

## PUNTO SEGUNDO.

### EXCELENCIA DEL ROSARIO.

Y en primer lugar, H. M., ¿hablaré de las oraciones de que se compone el Rosario? Ningún labio humano podrá jamás decir todo lo bello, todo lo sublime, todo lo divino que hay en la oración dominical, que los mismos Apóstoles recogieron de los labios de Jesús: «Padre nuestro que estás en los cielos!» Ningún labio humano podrá decir todo lo hermoso, y lo sublime y lo divino que hay en la salutación